

ENTRE LA MIXOFILIA Y LA MIXOFOBIA

Riccardo Mazzeo: Me gustaría iniciar esta serie de conversaciones recordando el día, hace casi dos años, en que usted aceptó, por primera vez, hablar conmigo sobre la educación. Fue un regalo que decidió ofrecer a las cuatro mil personas que iban a reunirse en nuestro congreso *La calidad inclusiva de la escuela*, que se celebró en Rímini en noviembre de 2009. Usted no podía asistir a él porque en aquel momento su prioridad absoluta era quedarse cerca de su mujer, Janina, que estaba enferma de gravedad. Aun así, permitió que un camarógrafo y yo mismo le hiciéramos una visita y grabáramos el inestimable vídeo de su conferencia de veinte minutos.

Entonces habló usted de la crisis en la educación contemporánea, una crisis muy peculiar, porque probablemente, por primera vez en la historia moderna, nos estamos dando cuenta de que las diferencias que se dan entre los seres humanos y la falta de un modelo universal van a ser perdurables. Vivir con extranjeros, estar expuestos al otro, no es nada nuevo, pero en el pasado se creía que aquellos que eran «ajenos» tarde o temprano perderían sus «rasgos diferenciales» y se asimilarían por la vía de aceptar aquellos valores universales que, de hecho, eran «nuestros» valores. Pero hoy día esto ha cambiado: las personas que se mudan a otro país ya no desean ser como los nativos, y los nativos, a su vez, no desean integrarlos.

¿Qué sucede entonces en una ciudad como Londres, donde hay casi ciento ochenta grupos étnicos que hablan diferentes lenguas y tienen diferentes culturas y tradiciones? Ya no es cuestión de ser tolerante, porque la tolerancia es otra cara de la discriminación. El desafío ahora se encuentra en un nivel más alto, pues de lo que se trata es de crear un sentimiento de solidaridad.

En las ciudades contemporáneas existen dos reacciones opuestas al fenómeno: la mixofobia, el miedo usual a verse involucrado con

extranjeros, y la mixofilia, la alegría de sentirse en un entorno distinto y estimulante. Cada una de estas dos tendencias opuestas posee más o menos la misma fuerza: algunas veces prevalece la primera, algunas veces la segunda. No podemos decir cuál de ellas se llevará la palma, pero en nuestro mundo globalizado, interconectado e interdependiente, lo que hagamos en las calles, en las escuelas primarias y secundarias, en los lugares públicos en los que nos reunimos con otras personas, tiene una importancia extrema, no sólo para el futuro del lugar en el que vivimos, sino para el futuro del mundo entero.

Como usted sabe, hemos estado trabajando durante más de veinticinco años para conseguir la inclusión en la escuela. Porque estamos convencidos de que educar a los niños todos juntos, incluyendo a aquellos que tienen necesidades especiales, es el mejor entrenamiento que pueden recibir para después tener disposición a la mixofilia. También es cierto que pudimos asumir este desafío porque Italia es el único país en el mundo donde la inclusión plena ha sido obligatoria durante casi cuarenta años. Pero, por una parte, esta inclusión nunca se ha aplicado de forma completa, y, por otra, existen algunos políticos italianos que están intentando desacreditar la escuela pública, lugar donde «los maestros comunistas transmiten a nuestros hijos ideas que son distintas a los valores que nosotros recibimos de nuestros padres» (por citar a Berlusconi).

En sus *Conversaciones* con Keith Tester,¹ usted mencionó la frase de Santayana: «La cultura es un cuchillo clavado en el interior del futuro», y definió la cultura como «una revolución permanente». ¿Cree usted que la educación necesita ser alimentada no sólo con conocimientos, sino también con el pensamiento crítico?

Zygmunt Bauman: No restaría nada a sus palabras, Riccardo, ¡y tampoco hay mucho más que añadir! Estoy totalmente de acuerdo con usted en que la conversión y la asimilación, aquella primera receta moderna destinada a gestionar la presencia de extranjeros, no se contempla en el contexto actual de un mundo que es multicéntrico y multicultural. La necesidad de desarrollar, aprender y practicar

1. Zygmunt Bauman y Keith Tester, *La ambivalencia de la modernidad y otras conversaciones*, Barcelona, Paidós, 2002.

el arte de vivir con extranjeros y sus diferencias de forma «permanente» y «cotidiana» también es ineludible por otra razón. Y ésta es la siguiente: no importa cuán a fondo se empleen los gobiernos de los Estados para tratar de impedirlo, no es probable que los inmigrantes dejen de llamar a las puertas de los países, y asimismo es muy improbable que estas puertas se puedan mantener cerradas.

«Europa necesita inmigrantes»: el hecho fue enunciado de modo terminante por Massimo D'Alema, actual presidente de la Fundación Europea de Estudios Progresistas, en *Le Monde* del 10 de mayo de 2011. Era una aseveración que entraba en conflicto directo, con, dicho en sus propias palabras, «los dos pirómanos más activos de Europa»: Berlusconi y Sarkozy. Los cálculos que ratifican el veredicto de D'Alema no podrían ser más simples: hoy hay 333 millones de europeos, pero con la media actual de nacimientos (que sigue descendiendo en toda Europa) este número caerá hasta los 242 millones en los próximos cuarenta años. Para llenar este vacío, serán necesarios al menos 30 millones de nuevos inmigrantes, de otro modo nuestra economía europea se hundirá, junto con el estándar de vida que nos es tan precioso. «Los inmigrantes son un valor, no un peligro», concluye D'Alema. De este modo, el proceso de «mestizaje cultural» (hibridación), que la presencia de estos recién llegados está destinada a catalizar, resulta inevitable. Una mezcla de diversas inspiraciones culturales es también una fuente de enriquecimiento y un motor que activa la creatividad, la de la civilización europea al igual que la de cualquier otra. A pesar de todo, lo que separa el enriquecimiento de una pérdida de la identidad es tan sólo una línea muy delgada. Y para prevenir que se erosione el patrimonio cultural, es necesario que la cohabitación entre los autóctonos (habitantes indígenas) y los alóctonos (los que han llegado de otra parte), se fundamente en el respeto de los principios que subyacen en el «contrato social» de Europa... y la cuestión estriba en que este contrato, que no está escrito ni firmado, ¿debe ser respetado por «ambas» partes!

Pero ¿cómo se puede asegurar este respeto, cuando el reconocimiento de los derechos sociales y civiles de los «nuevos europeos» les es ofrecido de una manera tan mezquina y vacilante, y además a un ritmo lentísimo? Sirva como ejemplo: en la actualidad,

los inmigrantes contribuyen en un 11 por ciento al producto nacional bruto (PNB) italiano, sin embargo no tienen derecho a votar en las elecciones de Italia. Por añadidura, nadie puede saber a ciencia cierta cuántos inmigrantes hay sin papeles o con documentos falsificados, que también contribuyen activamente en la producción nacional y, en consecuencia, en el bienestar de la nación. «¿Cómo es posible que la Unión Europea —se pregunta D'Alema de un modo que no tiene nada de retórico— permita una situación en la que se deniegan los derechos políticos, económicos y sociales a una parte sustancial de la población, sin que al mismo tiempo se socaven nuestros principios democráticos?» Y dado que los deberes de los ciudadanos forman parte de un acuerdo global que también incluye sus derechos como ciudadanos, entonces, de nuevo y como una cuestión de principios, ¿podemos de verdad esperar que los inmigrantes asuman, respeten, apoyen y defiendan «aquellos principios que subyacen en el contrato social europeo»? Nuestros políticos recaban apoyos electorales haciendo reproches a los inmigrantes, echándoles en cara su resistencia, sea genuina o putativa, a «integrarse» en los estándares autóctonos. Pero entre tanto ellos hacen todo lo que está en sus manos, y prometen hacer aún mucho más, para que estos estándares estén emplazados fuera del alcance de los autóctonos. Y de paso desacreditan o socavan los mismos estándares que aseguran estar protegiendo contra la invasión extranjera...

La gran pregunta, un dilema que seguramente determinará el futuro de Europa más que cualquier otro, es cuál de los dos «hechos en cuestión» que están en disputa acabará finalmente (aunque desde luego no va a tardar mucho) por imponerse: ¿el rol de los inmigrantes como salvavidas de una Europa que está envejeciendo a toda prisa, un rol que hasta la fecha muy pocos políticos —ninguno, de hecho— han osado defender, colgándolo a modo de blasón de su estandarte, o bien el poder en alza de los sentimientos xenófobos, inducidos y alentados, y que luego se reciclan, de modo entusiasta, hasta convertirse en votos electorales? Las declaraciones oficiales de los ministerios y las estadísticas de intención de voto apuntan una tendencia, en tanto que los hábitos cotidianos y los cambios «subterráneos», lentos pero imparables, que se dan en las situaciones vitales y la lógica de lo popular parecen apuntar en otra dirección.

Después de su deslumbrante victoria en las elecciones provinciales de Baden-Wurtemberg —una victoria que aplastó a los socialdemócratas y, por primera vez en la historia de la *Bundesrepublik*, emplazó a uno de sus representantes, Winfried Kretschmann, al frente del Gobierno provincial— los Verdes alemanes y, muy en especial, Daniel Cohn-Bendit, están empezando a ponderar la posibilidad de que la Cancillería alemana de Berlín llegue a ser «verde» en un año tan próximo como es el 2013. ¿Quién será el que hará realidad esta historia en su nombre? Cohn-Bendit tiene pocas dudas al respecto: Cem Özdemir, su afilado y lúcido, dinámico, carismático, ampliamente admirado y reverenciado compañero de liderazgo, reelegido hace pocos meses por un 88 por ciento de los miembros votantes del partido. Özdemir tuvo pasaporte turco hasta los 18 años. Luego, cuando ya era un joven profundamente involucrado en las políticas alemana y europea, eligió la ciudadanía alemana. Y lo hizo porque los ciudadanos turcos estaban destinados a padecer un constante hostigamiento cada vez que intentaban entrar en el Reino Unido o cruzar la frontera hacia la vecina Francia. A la luz de todo esto, uno se pregunta: ¿quiénes, a día de hoy en Europa, son los mensajeros de avanzadilla en el futuro del continente europeo? ¿Aquellos dos pirómanos hiperactivos, o Daniel Cohn-Bendit? No soy un profeta. Creo que la historia la construyen las personas, y que no existe en tanto ellas no la hayan construido, así que no puedo responder a esta pregunta. Pero es un interrogante que requerirá una respuesta, tanto en palabras como en hechos, y al cual tendremos que contestar todos los que hoy día estamos vivos. Y serán las elecciones que hagamos las que darán esta respuesta.

Durante los más de cuarenta años que viví en Leeds observé, desde mi ventana, a los niños que regresaban a casa desde una escuela secundaria próxima a mi casa. Los niños raras veces caminan solos, prefieren andar en grupos de amigos, y ésta es una costumbre que no ha cambiado. Sin embargo, lo que contemplo ahora desde mi ventana sí ha cambiado a lo largo de los años. Hace cuarenta años casi cada grupo de chicos tenía «un solo color». Hoy casi ninguno lo tiene.